

+ personal

## LA SEMANA

Puntos de vista AGUSTÍN SÁNCHEZ VIDAL

## MAR Y LIBROS

**A**ntoni Benaiges había nacido en el pueblo tarraconense de Mont Roig del Camp (el mismo donde el padre del pintor Joan Miró tenía una casa que aparece en algunos de sus cuadros de esa época). Era un joven maestro nacional lleno de entusiasmo cuando en 1934 fue destinado a Bañuelos de Bureba, en la provincia de Burgos. La Segunda República se estaba tomando muy en serio la renovación pedagógica y él se incorporó a su trabajo dispuesto a aplicar las técnicas de Célestin Freinet tan ligadas al medio rural y al uso de la imprenta. Consiguió una en buen estado y la hizo llevar hasta aquellas parameras.

Tutelados por él, los alumnos editaron con sus propias manos hasta trece libritos. Uno de ellos se titulaba 'El mar. Visión de unos niños que no lo han visto nunca'. Contaban con un gran aliciente: aquel maestro catalán los iba a invitar ese verano a su casa, para que conocieran el Mediterráneo. No pudo cumplir su promesa. Corría el año 1936, empezó la guerra y el bando franquista se cebó especialmente con los docentes. Tras encarcelarlo y torturarlo, lo fusilaron. Su entierro fue a escondidas, en una fosa común.

Con él parecía haber quedado sepultada su memoria. Pero en agosto de 2010, al excavar la fosa, un hombre ya anciano aseguró: «Ahí debe estar enterrado mi maestro». No era el único de sus alumnos que lo recordaba. Tirando de aquel hilo fueron surgiendo testimonios que permitieron reconstruir su vida. Ahora se acaban de recoger en el volumen 'Desenterrando el silencio. Antoni Benaiges, el maestro que prometió el mar'. Lo han cuidado el periodista Francesc Escrivano, el antropólogo Francisco Ferrándiz y la historiadora Queralt Solé. Va acompañado de fotografías de Sergi Bernal, quien prepara un documental con Alberto Bougleux. En el momento en que escribo estas líneas andan por México, donde un compañero del maestro fusilado aún alcanzó a aplicar en una localidad de Veracruz la misma pedagogía que él llevo a los niños de Bañuelos de Bureba. Imprenta y mar incluidos.

## Las naturales

ALOMA RODRÍGUEZ

## CANCIONES DE VERANO

**D**icen que ya no hay canciones del verano, que es una fórmula en parte agotada por las nuevas maneras de escuchar música y en parte demasiado explotada: hay demasiadas canciones pensadas para ser éxitos de verano. Ya no hay que esperar a que suenen las canciones en la radio para conocerlas: está todo en internet. Casi es un alivio que no haya, pensando en las que lo fueron en mi adolescencia.

Mis canciones del verano tienen que ver con coches viajando por carreteras más que secundarias camino de Ejulve, Arteixo o La Iglesuela del Cid. Sonaban dos discos de El último de la fila: 'Astronomía razonable' y 'Enemigos de lo ajeno'. Cada uno tenía su canción favorita, pero 'Insurrección' y 'Como un burro amarrado en la puerta del baile' nos gustaban a todos. Sonaba Serrat, y mi padre se emocionaba con 'Mediterráneo', aunque es gallego, y a mi hermano y a mí nos

La ciudad pixelada SERGIO DEL MOLINO

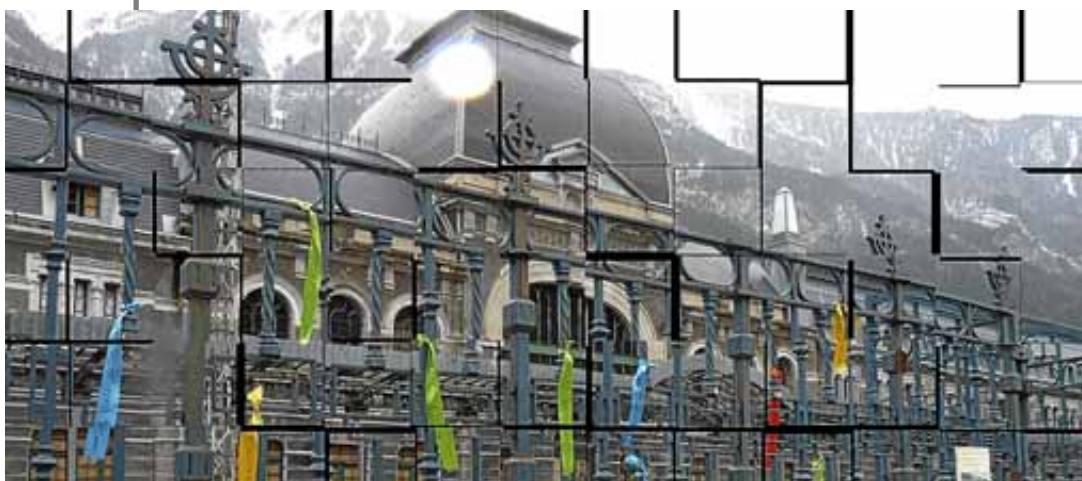
## FRANCIA

**P**odía ser el comienzo de una jota, si la métrica acompañase, que no es el caso: dicen los aquitanos que no quieren ir a Canfranc en tren. La semana pasada, coincidiendo con el tradicional acto de recuerdo de la apertura de la línea internacional, en el que cada verano se exige su resurrección, se conoció esa encuesta de la que tanto se ha escrito y hablado, según la cual, una amplísima mayoría de ciudadanos de la región de Aquitania no quiere que se gasten 120 millones de euros de dinero público en la rehabilitación del tramo Olorón-Bedous.

La sorpresa en el lado español de la cordillera ha sido grande. Pero yo, aun comprendiendo la consternación (pues este resultado pone las cosas mucho más difíciles de lo que ya lo estaban antes), me sorprende de la sorpresa. ¿Por qué había esperar una encuesta en otro sentido? ¿Qué sabíamos de lo que querían o dejaban de querer nuestros vecinos? Sabíamos lo que opinaban algunos alcaldes y el presidente de Aquitania, pero deducir de las declaraciones de unos políticos la opinión mayoritaria de una sociedad es ingenuo y, como se ha visto, falaz. Por muy electos y representativos que sean los gobernantes, su discurso no puede leerse más que en términos de estrategias políticas que poco (o nada) tienen que ver con lo que pasa, se siente y se piensa en la calle. ¿No estamos ya cansados de oír hablar del divorcio entre la opinión pública y la publicada? No puede tomarnos por sorpresa que las voluntades de los ciudadanos caminen por sitios muy alejados de la agenda política.

Pero esto es sintomático de algo más que de la trillada (y común a toda Europa) 'desafección' por la política, si me permiten el palabro. Tiene que ver con el desconocimiento pasmoso que una buena parte de la sociedad aragonesa exhibe de la sociedad que vive al otro lado de las montañas. ¿Qué sabemos de ellos? ¿Por qué suponemos que arden en deseos de venir a vernos si nosotros apenas les ubicamos en un mapa? Viajando en coche por Francia, siempre me ha gustado ver señalizadas las ciudades españolas como si no fueran extranjeras. Mucho antes de acercarse a la frontera, las principales carreteras tienen indicaciones para llegar a Saragosse, con su distancia kilométrica. Aquí, en cambio, señalizamos la distancia que hay a una indeterminada 'Francia'. Como si la gente viajara a Francia en general o su destino fuera la raya fronteriza. Creo que es sintomático de una mentalidad y una voluntad de conocimiento. Como en los mapas medievales, el extranjero es un espacio en blanco.

Si nosotros no nos molestamos mucho en conocerlos, ¿por qué iban a querer ellos conocernos a nosotros? Nosotros queremos ir a París, pero ellos ya tienen solucionado su transporte a París y no creen que un viaje a Zaragoza valga 120 millones. Están en su derecho de creerlo. O no. En cualquier caso, será Zaragoza la que tenga que hacerse valer. Podríamos empezar por cambiar las señales de Francia por otras que lleven a Olorón, a Pau, a Tarbes o a Toulouse. Las fronteras, así, pierden mucha de su solidez intimidatoria.



gustaba 'Fiesta'. 'Los Amantes', de Mecano, es una de las primeras canciones de verano que recuerdo: pasábamos el verano en Cantavieja, donde mi madre era la médica, y las chicas del pueblo me enseñaban la coreografía que habían preparado bajo los arcos de la plaza. También lo intentaban con alguna canción de los Hombres G, que a mi madre le parecían unos pijos y se negaba a comprarme un casete suyo. Hace cuatro veranos, para resarcirme, 'Indiana' fue mi canción del verano en un apartamento en La Pineda.

Hay canciones que hablan del verano que casi solo canciones del verano para mí: 'Los veranos', de McEnroe, que canta Miren Iza con su voz dulce y dura al mismo tiempo; 'Summer On A Solitary Beach', del genio Battiato; 'Días de verano', de Amaral; 'El bello verano', de Family; 'Dancing In The Street', de Martha Reeves; 'Verano fatal', de Nacho Vegas y Christina Rosenving; 'Escuela de calor',

de Radio Futura, y la versión de Billy Stewart de 'Summertime', que fue mi canción del verano pasado. 'Azurro' es una de las canciones que mejor cuenta el verano: «Busco el verano todo el año / y de repente aquí está. / Ella se ha ido a la playa / y me he quedado solo en la ciudad», y me gusta tanto la versión de Adriano Celentano como la de Paolo Conte. El poeta Ángel Petisme también grabó una versión. Casi cualquier canción de los Beach Boys va asociada al verano. Hay otras que no son necesariamente de verano, pero las asocio a él porque siempre las tocaban las orquestas en las fiestas de los pueblos, como 'El ritmo del garaje', de Loquillo, que para mí siempre ha sido 'Los gatos de tu callejón'. También sonaban en las fiestas de los pueblos 'Y nos dieron las diez', de Sabina; 'Fiesta mayor', de Ixo Rai; y el clásico 'Amor de verano', del Dúo Dinámico, que cantábamos, incluso antes de saber lo que era el amor.